

# No Pudo Hallar El Freno



## *Gale Fletchall*

La pura verdad acerca de la vida venidera, con frecuencia se hace de un lado por los placeres triviales y la frivolidad. Así sucedió en el caso de un conductor de diligencia hace algunos años. Miedo no conocía. Siempre hacía en tiempo sus recorridos por las montañas sobre caminos malos, angostitos y peligrosos. Se dio a la vida alegre. Sus chistes y bromas deleitaban a sus pasajeros cuando pararon en las tabernas para sus comidas y refracciones. Esas pocas palabras describen su vida y su persona. Buscaba tomar del néctar del mundo y logró hacerlo, pero bebió veneno para su alma.

Para él el tiempo pasó ligero, sí, demasiado ligero. Sólo ayer era joven guapo con sus miradas hacia el futuro. Pero ahora, a paso ligero está bajando la empinada cuesta occidental de la vida. Demasiado luego le llega la llamada de partir de esta vida. Está recostado sobre su lecho de muerte en las garras del último enemigo del hombre, habiendo malgastado y desperdiciado sus años. Dentro de muy poco tiempo tiene que rendir cuentas a Dios. Sus ojos están cerrados, y él está agarrándose de las

chamarras que cubren su demacrado cuerpo. Entre dientes habla unas pocas palabras. Amigos que le atienden se inclinan sobre él para captarlas. Ahora está inconsciente de las cosas temporales y tiene una visión de cosas que prontamente han de suceder. He aquí lo que está diciendo:

“Voy guiando cuatro caballos negros y ariscos. Me arrastran por una cuesta empinada. Me llevan a una velocidad espantosa, y van brincando, galopando, llevándome consigo. Nubes negras oscurecen el cielo anunciando el acercamiento de una tempestad espantosa. ¡Me caigo! ¡Me caigo! ¡Me caigo indefenso! Seguramente voy a la perdición. Se está oscureciendo. ¡Socorro! ¡Socórreme! ¡No puedo hallar el freno!”

El pobre cochero murió mientras pintaba la visión que acabamos de describir. No pudo encontrar el freno, sin embargo hubo un tiempo cuando pudo haber cambiado su rumbo y habiéndolo hecho, no fueron la destrucción y las tinieblas lo que le esperaban al fin de su vida.

Y usted, Amigo, está trazando el rumbo suyo en ese mismo momento. Los placeres de la vida, cual droga adormecedora, le tienen engañado e insensible en cuanto a su peligro eminente. Satanás, el engañador, le dice que no se preocupe; que tiene tiempo bastante. Pero con la incertidumbre de la vida no le conviene jugar porque seguramente usted va a perder.

Mientras lee estas palabras y mientras siente el deseo de enmendar sus pasos, mira a la cruz céntrica. Allí clavado, sufriendo está a quien murió para que usted pudiese vivir. Él desea perdonarle en este momento. Deje sus pecados para servir al Dios vivo; cree en Él para que su gracia puede hacerle justo. Él en un instante puede otorgar paz para su atribulada alma, de modo que usted jamás se olvidará el momento feliz cuando recibió la seguridad del perdón de sus pecados.